

Era el sol; era el agua; era el día.

Estaba libre. Tenia los pies en el borde mismo de la laguna.

Me hallaba en la puerta del Palacio Ducal que da sobre el canal de la *Paglia*, debajo del *Puente de los Suspiros*.

—Por aquí se sacaba de noche el cuerpo de los ajusticiados, prosiguió el viejo carcelero. Aquí esperaba una góndola con dos esbirros, que arrojaban el cadáver en la laguna, despues de atarle una bala de cañon á los pies, si la causa habia sido secreta, ó lo llevaban á la iglesia de San Juan y San Pablo, donde era sepultado, si la causa habia sido pública y notoria.

Mientras el conserje terminaba asi sus esplicaciones, yo reparaba en una especie de portería, situada entre las dos puertas que habíamos atravesado últimamente, y destinada á cocina por no sé qué irrisión de los tiempos.

Allí freía peseado una vieja centenaria; sin duda la mujer del conserje.

No era otra la causa del ruido que me habia sobresaltado tanto.

Aquella habitacion, que sigue á la del suplicio, habia sido durante muchas generaciones el *Depósito de Ajusticiados*.

—*Buona salute*, me dijo el carcelero, guardándose unas monedas que le alargué.

Y cerró la puerta detrás de mí.

Yo me encontré solo, entre el palacio y el canal, es decir, preso otra vez entre la puerta y el agua.

Dichosamente, allí hay siempre góndolas.

Llamé una; entré en ella y pasé bajo el *Puente de los Suspiros*, cuya belleza arquitectónica escede á toda ponderacion, y al cual ha llamado no recuerdo qué poeta: *un sarcófago colgado sobre el mar*.

Me parecía que acababa de despertar de una horrible pesadilla.

## VI.

Iglesias y palacios.—Ticiano.—Cánova.—Dos noches de teatro.—Escursion á las islas.—Adios á Venecia.

Venecia 18 de noviembre.

Llevo quince días en Venecia.—Durante ellos he visto mas de una vez toda la ciudad, todos sus templos, todos sus palacios, todas sus maravillas de pintura y escultura, los teatros que están abiertos, los paseos, las islas que son como arrabales de la capital, las bibliotecas, los museos, las academias, todo!

Al mismo tiempo me he divertido mucho; he hecho la antigua vida veneciana; he abusado de la góndola; he penetrado en el fondo de las costumbres de este singularísimo pueblo; he plagiado á lord Byron; he visto á la ciudad de San Márcos á la luz de los dos crepúsculos, en las sombras de la noche, despierta y dormida, solo y acompañado.

Hoy hace frio. La laguna está muy alborotada. El tiempo amenaza lluvia... —Decididamente me marchó de Venecia.

Mucho me duele separarme de la ciudad de mis sueños... ¡tal vez para siempre!—Pero ¿qué he de hacer?—Ya estoy solo. Sir Arturo partió hace tres días para Grecia. El prusiano se marchó tambien anoche. Estoy triste. Mi destino de caminante es amar las cosas y perderlas. Yo no habia de permanecer aquí toda la vida... Partiré, pues.

Para consolarme, pienso en Florencia, en la ciudad de las flores y las artes, donde estaré dentro de cuatro ó seis días; en Pisa, donde el invierno es tan dulce; en Sienna la monumental, que me abrirá el campo de Roma...—¡Oh! sí... partamos.

Pero no lo haré ciertamente sin ordenar antes mis recuerdos, sin compaginar mis apuntes y daros una idea de las cosas mas notables que he visto estos días en Venecia.

Empecemos por los templos.

A la caída de la República, esto es, hace sesenta y tantos años, encerraba esta ciudad mas de doscientas iglesias abiertas al culto. Hoy no pasan de sesenta. Las restantes fueron destruidas ó destinadas á usos profanos durante la dominacion de los franceses.—Dicho se está que se respetaron las mas hermosas y que se acumularon en ellas todas las obras de arte que encerraban las demás. Asi es que las iglesias actuales de Venecia, edificadas por arquitectos tan ilustres como *Sansovino*, *Palladio*, *Massari*, *Sammicheli*, etc., llenas de cuadros de *Ticiano*, *Tintoretto*, *Pablo el Veronés*, los dos hermanos *Bellini* (uno de ellos maestro de Ticiano y de Giorgione), los dos *Palmas*, el *Jóven* y el *Viejo*, y otros célebres artistas, y adornadas de bronce y estatuas de *Vittoria*, *Tulio Lombardo*, *Antonio Dentone*, *Leopardi*, *Graviglia* y otros maestros de la misma fama, son verdaderos museos en que las cuatro artes del dibujo compiten en prodigios de belleza.

Como podeis comprender, mi primera visita fue á la *Basilica de San Márcos*, hoy metropolitana de la ciudad.

Ya la hemos visto por fuera, si bien muy ligeramente. Ahora, para acabar de formaros una idea de su magnífica fachada, habreis de imaginar un inmenso retablo medio árabe, medio gótico, en cuyas líneas generales, así como en la ornamentacion, se ven confundidos el genio místico y sombrío del Norte y la risueña y voluptuosa inspiracion del Oriente. Figuraos una armónica combinacion de la mas austera capilla de la catedral de Toledo y de la mas riente y graciosa estancia de la Alhambra; ved vacilar el arco entre la herradura y la ojiva; considerad reunidas la cúpula y el alminar; encerrad el mosaico bizantino bajo la cimbra aplanada de un arco oriental bordado de arabescos; representaos la severidad gótica, vestida de lujo por los mas ricos y variados mármoles; dadle color á la arquitectura; confundidla con la pintura, como hacen siempre los artistas mahometanos; mezclad el oro, los colores y la piedra, como están mezclados en la *Sala de los Abencerrages* de Granada; pero en vez de producir con esas dos



artes amalgamadas unas labores geométricas ó unas piadosas inscripciones, dibujadas y pintadas Virgenes y Santos, y sabreis lo que es en Venecia el arte bizantino; lo que son las dos Iglesias, la de Oriente y la de Occidente, cuando inspiran un solo monumento; lo que es, en fin, la fachada de *San Márcos*.

Este mismo espíritu, que parece engendrado por dos crepúsculos; que es hijo de la lucha de una barbarie civilizada con una civilización bárbara; que simboliza el instante en que el Oriente y el Occidente se disputaban la dominación de Europa; que refleja de un modo maravilloso los siglos de las Cruzadas, y bastaría para probar, si la historia no lo demostrara, que al principio de la Edad Media el cristianismo fué á buscar cultura á los mares de Levante; este mismo espíritu, vuelvo á decir, domina en el interior de la Basílica, siendo más patente y manifiesto á medida que se estudian su forma general y los adornos que lo decoran.

Yo no puedo detenerme en este exámen, que me llevaria demasiado lejos. Os haré sentir solamente la dulce oscuridad, la venerable senectud y la magestuosa riqueza que engrandecen aquel templo. Gruesísimos pilares y arcos enormes forman austeras naves y misteriosas cúpulas, revestidas de oro ó incrustadas de mosaicos, que representan la historia de la Virgen y de San Márcos, de San Teodoro y de otros santos amigos de la República de los Dux. En torno de la iglesia y á media altura de sus bóvedas, gira un balcón ó galería que recuerda el *gynceco* de los templos cristianos de Constantinopla. Toda la Basílica ostenta una asombrosa profusión de los más ricos mármoles orientales; por donde quiera se ven columnas de pórfito, de serpentina y de verde-antiguo; en todas partes lucen las estatuas, los dorados, los bronceos, la plata, la pedrería... y sin embargo, *San Márcos* no es un templo alegre, profano, gentil, como las iglesias lujosas que ví en Milan. San Márcos es austero, solemne, místico á la manera de las viejas tablas alemanas, ó como un cuadro de Cimabue,—que traslada la imaginación á los primitivos tiempos de la Iglesia, á los siglos de los santos y de los espositores, á la cuna del cristianismo, al ya difunto Oriente.

¡Ah! de no ser góticos, que sean bizantinos los templos del Crucificado!—En el sagrado limbo de estas melancólicas tinieblas, goza el alma con la lejanía del mundo. La religión de los tristes no ha necesidad del jubiloso y triunfante aparato de las iglesias del Renacimiento. Para llorar las miserias de la vida, basta un rincón oscuro, lleno de testimonios de la fe de nuestros padres, cargado de años y merecimientos, palpitante de autenticidad histórica.

Más de quinientas columnas de las que adornan la Basílica de San Márcos, son turcas y griegas, conquistadas por los Dux, como la arquitectura del templo.—Chateaubriand ha dicho que Venecia entera es un trofeo.

San Márcos fue erigida hace cerca de mil años; pero solo es catedral desde la caída de la República.—Antes lo era la iglesia de *San Pietro di Castello*.

Entre las cosas que más me han llamado la atención en la Basílica, citaré las tumbas de los Dux Bartolomeo Gradenigo, M. Morosini y Vitale Faliero, que se hallan en el peristilo; las tres puertas principales del templo, maravillosa-

mente taraceadas de plata, el sepulcro de Andrea Dandolo, desgraciado general, si eminente literato; y la pila del agua bendita, sostenida por un preciosísimo altar de la antigua Grecia.

También debo mencionar, aunque solo sea por la originalidad de la advocación, la capilla de *Nuestra Señora de los Machos* (la *Madonna de' Mascoli*), llamada así porque las mujeres estaban escluidas de la cofradía que la erigió, y hasta creo que de rendir culto á aquella imagen de María.—Esto es islamita puro, y trasciende á Constantinopla tanto como los agimeces que suplen por ventanas ojivales en las torres de la fachada.

Sin embargo, en esta capilla se venera también el *Arbol genealógico de la Virgen*.—¡Qué mejor vindicación de la mujer!

El *Tesoro* de San Márcos, famoso en otro tiempo por sus fabulosas riquezas, ha sido saqueado hasta el punto de no quedar ya en él sino una joya, y esa de mérito disputable.—Tal es un ánfora de granito en que se lee una inscripción grabada con caracteres caldeos cuneiformes, que dicen que dice: ARTAGERGES, GRAN REY.

A mí me parece que es demasiado decir.

Pero la gran preciosidad de la Basílica es indudablemente el altar mayor.

Este consiste en un tabernáculo de verde-antiguo, sustentado por antiquísimas columnas de mármol griego, en las cuales está primorosamente esculpida la historia del Redentor.

Adorna este altar un *icono*, pintado al óleo sobre madera, dividido en catorce partes y del mejor gusto griego. Es obra del maestro Paolo y de sus dos hijos, y una de las pinturas más antiguas de Venecia. Debajo de este *icono* hay otro, que solo se descubre los días festivos, construido en el siglo X en Constantinopla, por encargo de la Señoría. Llámase la *Pala de oro*, y consiste en una lámina de este metal, pintada con esmalte de colores y adornada de perlas, camafeos y piedras preciosas. El dibujo es bizantino, y se le considera como una de las obras más acabadas de aquella civilización.

Después de San Márcos, la iglesia que más me ha impresionado en Venecia ha sido *San Juan* y *San Pablo*, de la que ya nos habló el carcelero del palacio ducal el día que visitamos *los Pozos*.

A la puerta de aquel templo, en medio de una plaza irregular, levántase la hermosa estatua ecuestre de *Colleoni*, célebre general de la República.

Yo no sé quien es más famoso en Venecia: si este general ó su estatua.—Tal vez lo sea la estatua.

En todo caso, esto sería justo, pues el grande hombre tuvo la debilidad de acordarse á sí mismo el honor de la apoteosis, destinando en su testamento una crecida suma á la erección de su estatua ecuestre.

La iglesia de *San Juan* y *San Pablo* (SS. *Giovanni é Paolo*: *San Zanipolo*, en dialecto veneciano) es el panteón histórico de Venecia.—Allí, bajo altas ojivas góticas, á la misteriosa luz de preciosos vidrios de colores y entre magistrales pinturas de *Ticiano* y *Tintoretto*, duermen en suntuosos mausoleos diez y



seis Dux de los mas renombrados; entre ellos Morosini, Loredano, el heróico y sin fortuna Marco Antonio Bragadino, Malipieri, tres Mocenigo... Allí descansan los restos de innumerables guerreros, artistas y prelados; el almirante Canal, Palma el jóven, el general Giustiniani, en cuyo palacio vivo hoy yo por el dinero, y otros muchos varones ilustres, que fuera prolijo nombrar.

Pero la verdadera maravilla de esta iglesia es la *Muerte de San Pedro Mártir*, celebrado cuadro de Ticiano, considerado como una de las mas grandes obras de este maestro y tambien de la pintura.

Este lienzo (y ya os diré por qué es lienzo) representa un bosque, que por sí solo es un prodigio, y que bastaria para dar celebridad á Ticiano como eminente paisagista. San Pedro, dominico lombardo, que vuelve de un concilio, acompañado de otro fraile, ha sido sorprendido por unos bandidos. En primer término solo hay tres figuras: San Pedro caido en tierra; un bandido, que le retiene pisándole los hábitos y se dispone á herirle por segunda vez, y el otro monge, que huye. La viveza dramática, el fuego del dibujo, y sobre todo, el rico y valiente color de esta escena, esceden á toda ponderacion. Allá arriba, entre los árboles, se ven dos ángeles que acuden con la palma del martirio á premiar al bienaventurado. Este no mira al asesino feroz que le pisotea y le va á herir, sino que tiene los ojos clavados en aquella vision de gloria, como refiriendo su muerte al que murió por todos los hombres. El otro dominico, (naturaleza mas vulgar,) aunque visiblemente compadecido de la suerte de San Pedro, apela á la fuga, no sintiéndose con valor para ser mártir. El lugar de la catástrofe, admirablemente pintado, la energía de las figuras, los efectos de la luz entre los árboles, todo contribuye á dar á este cuadro un interés, una vida, un movimiento, de que carecen por lo general las obras religiosas del pintor de las *Venus*.

Dicese que el senado de Venecia, que ya habia nombrado á Ticiano primer pintor de la República, se entusiasmó tanto al ver el *Martirio de San Pedro*, que prohibió *bajo pena de muerte* el que saliese nunca de Venecia.

Napoleon I, el gran derogador de la ley antigua, desatendió tambien este decreto y se llevó el cuadro á Paris. La Academia de Bellas Artes le sometió allí á una arriesgada operacion, que lejos de haberle perjudicado, le ha favorecido y prolongará muchos siglos su existencia. Tal fue la de desprender la pintura—¡los colores!—de la tabla en que la colocó Ticiano, y fijarla sobre un lienzo, sin alterar en nada el aspecto de tan peregrina obra.—Cuando en 1815 volvieron tantas cosas á su antiguo ser, el *Martirio de San Pedro* volvió tambien á Venecia.

Pero fuera cuento de nunca acabar si yo hubiera de describiros todos los portentos de arte que guardan los templos de Venecia. Solo *Santa María della Salute*, que como os he dicho se halla en frente de mis balcones, encierra diez ó doce obras de Ticiano, algunas de primer orden, y en *San Rocco*, iglesia no muy notable, hay mas de cincuenta pinturas de *Tintoretto*, de las que citaré solamente la *Piscina probática*, llena de inspiracion y colorido.

En *San Sebastiano* he visto el sepulcro de *Pablo el Veronés*, uno de los mas

ilustres pintores de Venecia, y el mas ilustre segun algunos criticos. El mausoleo del insigne autor de las *Bodas de Canaan* y del *Rapto de Europa*, consiste en una sencilla lápida. En cambio, se ven cerca de su sepulcro tres lienzos suyos, y suyas son tambien las pinturas del techo de la iglesia. ¡Qué mejor monumento para un artista!...

Mas dichoso Ticiano, tiene un magnífico mausoleo en la iglesia de *I Frari*.—Allí descansa entre héroes el amigo de Carlos V y de Ariosto, el pintor de la *Asuncion* y de *Danae*, el cortesano de Lucrezia Borgia y de la princesa de Eboli, y allí le acompaña tambien una obra suya, pálido vislumbre de su genio.

El sepulcro de Ticiano, de mármol oscuro con estatuas blancas, ha sido construido en estos últimos años. Su epitafio dice: TITIANO, FERDINANDUS I.—¡Qué me place este tributo de admiracion rendido por el dominador extranjero á las glorias italianas!—En el mausoleo están esculpidos en bajo-relieve los principales cuadros religiosos del inmortal artista: *La Asuncion*, *el Martirio de San Pedro*, *San Lorenzo*, *la Visita de Santa Isabel* y *el Entierro de Cristo*.

Ticiano pintaba este último cuadro á los noventa y nueve años de edad, cuando le atacó la peste que reinaba entonces en Venecia (1576). El gran pintor cayó al suelo y empezó á agonizar. En aquel instante entraron unos ladrones en el taller, y sin respetar el estado en que encontraban al ilustre anciano, se llevaron todos los objetos que le eran queridos y le dejaron en las garras de la muerte. Espiró, pues, solo y abandonado, como su *San Pedro Mártir*, en frente de aquel fúnebre lienzo en que habia representado el entierro del Hombre-Dios.

Cuando sus discípulos entraron en el taller, situado en el palacio Barbarigo, Ticiano era ya cadáver; pero aun conservaba el pincel entre sus crispados dedos.

El senado de Venecia, á pesar de que acababa de mandar que se destruyeran los cadáveres de los apestados, hizo una escepcion en favor del egregio artista, y mandó que fuese enterrado con gran pompa en el lugar donde hoy se halla.—El fúnebre cortejo recorrió en góndolas los canales, entre las lágrimas de la aterrada muchedumbre, horriblemente mermada por la epidemia, y mas de un pintor dibujó aquel dia tan luctuosa ceremonia, objeto despues de muchos célebres cuadros.

El *Entierro de Cristo* fue terminado por Palma el jóven.

No lejos del sepulcro de Ticiano se encuentra el del infortunado *Francisco Foscari*, á quien todos hemos visto mas de una vez morir en escena al oír la campana de San Márcos que anuncia la proclamacion de su sucesor.

*Questa e dunque la inicua mercede  
Che servasti al camuto guerriero...*

dicen los versós de la ópera de Verdi.

—«La campana de San Márcos toca por la eleccion de Malipieri,» dice el jefe del *Consejo de los Diez* en la tragedia de lord Byron.

—«Reconozco su sonido...»—contesta el Dux.—Yo lo he oido otra vez en mi



vida... ¡Una vez solamente! De esto hace treinta y cinco años... cuando tampoco era yo joven!!»

En esta misma iglesia de *I Frari* se ve otro suntuoso mausoleo, que encierra el corazón del último grande hombre del Veneciano.

Es el monumento de *Canova*.

Canova es el último escultor, el único heredero de Miguel Angel, el postrimer suspiro del genio griego.

Canova, Napoleon, lord Byron y Bellini son los cuatro hombres fabulosos, las cuatro figuras clásicas, los cuatro semidioses que presidieron á la entrada del mas grande de los siglos. Los cuatro brillaron juntos, como una constelacion de gloria, y se apagaron casi al mismo tiempo.—Napoleon murió en 1821. Canova, en 1822. Lord Byron, en 1824. Bellini, en 1834.—Los cuatro pasaron por Venecia, y se dividieron los aplausos de la inmortal Italia.—Canova labró los bustos del moderno César. Lord Byron cantó sus triunfos y lloró su muerte. Bellini cubrió de flores su sepulcro. Son cuatro genios hermanos que resúmen la poesia del siglo XIX.—Sin Canova, pudiera decirse que la belleza plástica era irrealizable en nuestra época.—Sin Napoleon, la diplomacia hubiera heredado á la epopeya, y nuestra generacion, al leer la historia de la que le dió el ser, solo tendria aplausos para los prodigios de la industria.—Sin lord Byron, la revolucion moral y social careceria de poesia.—Sin Bellini, esto es, sin la música, de que él es la expresion mas elevada, la civilizacion hubiera sido sordo-muda.

El sepulcro de Canova fue dibujado por él mismo para que sirviera á Ticiano.—Representa al genio de la patria apagando su antorcha, mientras que el Leon de San Márcos gime desesperado á sus pies.—Razon hay para tanto duelo. El autor de *Hebe*, de *Venus triunfante* y de *Magdalena penitente* fue la última encarnacion del númen artistico de Venecia.

En Venecia quedan aun algunas esculturas de Canova. En el Palacio Treves se conservan con veneracion y se enseñan al público dos estatuas colosales de *Hector* y *Ajax*.—En el Palacio Barbarigo, y precisamente en el mismo aposento en que murió Ticiano, he admirado el grupo de *Dédalo é Icaro*. En el Palacio Ducal vi su estatua de *San Jorge*, una de sus primeras obras. En el Arsenal, lleva su nombre el monumento del almirante Emo, adornado de preciosos bajo-relieves, y en la Academia de bellas artes me han enseñado el modelo original de su grupo *Hércules y Lycas*.

En Génova, Florencia y Roma veremos sus obras maestras, que tan populares han hecho los vaciados en yeso y el grabado.

Los palacios de Venecia, sobre todo los situados en el Canal Grande, no ceden en mérito artistico á los templos que acabamos de mencionar.

La mayor parte de ellos, y ciertamente los mas grandiosos, son de estilo ojival, entre gótico y morisco; *veneciano*, en fin.—El palacio *Foscari* y el de *Cavalli* recuerdan el Palacio Ducal, que ya hemos descrito.—El palacio *Foscari*, sobre todo, situado en la vuelta ó recodo del Canal Grande, mirándose en el agua, tan proporcionado y aéreo, tan histórico y melodramático, es uno de los

edificios mas interesantes que encerrará pueblo alguno. Ya hemos dicho que hoy sirve de cuartel á la guarnicion austriaca.

La doble serie de palacios del Canal Grande, parece una calle de tumbas, como la Via Apia de Roma.—Los nombres de aquellas regias moradas forman la cronologia de los Dux de Venecia, desde Anafesto hasta Luis Marini, esto es, desde 697 hasta 1797; la historia de 1,100 años!

Aquellos suntuosos alcázares son hoy propiedad de avaras bailarinas, albergue de viles cortesanas, oficinas del opresor extranjero, posadas públicas ó asilo de príncipes desterrados.

¡Todas las profanaciones fueran como la de los palacios *Mocenigo*, donde lord Byron escribió el *Don Juan*, *Marino Faliero*, *Los dos Foscari* y otras obras inmortales!

Hemos llegado á punto de decir algo acerca de la *Academia de Bellas-Artes* de Venecia, que encierra unos setecientos cuadros, notabilísimos en su mayor parte y casi todos firmados por los mas ilustres artistas nacidos en la ciudad de San Márcos.

Sin embargo, las obras maestras son pocas, si bien de primer orden.

Cuéntase entre estas la famosa *Asuncion* de Ticiano, verdadera joya de la escuela veneciana, con la cual se dió á conocer al mundo el discípulo de Bellini, eclipsando las glorias de su maestro y de todos los pintores de aquella edad.

*L'Assunta*, como se la llama en Venecia, es un prodigio de arte, así por la composicion y el colorido, como por el dibujo y la expresion de casi todas las figuras. El lienzo mide siete metros de alto por tres de anchura. La accion se compone de tres episodios, magistralmente combinados. En la parte inferior del cuadro se ven once apóstoles, que en diferentes actitudes,—ora de éstasis, ora de pesar, ora de adoracion, ora de asombro,—miran á la Madre de Jesus, que se remonta por los aires. En medio del lienzo está la Virgen, de pie sobre una nube, con las piernas púdicamente cruzadas bajo la túnica revuelta, con los ojos y las manos levantadas al cielo, y rodeada y bendecida por un coro de ángeles. En la parte superior se ve al Padre Eterno que abre los brazos para recibir á su predilecta hija, acompañado tambien de un ejército celeste.—Los criticos hallan en esta obra demasiada belleza humana, afectos terrestres, no sé qué profanos indicios de la naturaleza mortal. Es muy cierto. Entre los ángeles que cercan á Maria, si bien hay muchos que Murillo adoptaria, por el ingénuo y santo júbilo con que la aclaman su reina, hay otros que parecen *Amores* ó por mejor decir *Cupidos*, y que revelan el verdadero genio de Ticiano, mas mitológico que religioso. La misma Virgen es demasiado mujer.—Pero aun así y todo, este cuadro merece su universal renombre, si no como obra de devocion, como obra de arte; y su vigorosa entonacion, su intenso colorido, sus masas de luz y de sombra, el relieve y viveza de los grupos de figuras y la suprema beldad de aquella nobilísima matrona suspendida en el espacio, bastan á ufanar el humano ingenio, capaz de crear tales maravillas con un puñado de tierra deleznable.

Después de la *Asuncion*, los cuadros que mas sorprenden al que visita la



Academia, son la *Presentacion de la Virgen en el templo*, del mismo Ticiano, obra tambien muy importante y precioso modelo como *color*;—*Un pescador presentando al dux el anillo ducal encontrado en el vientre de un pescado*, de Pàris Bordone, pintor que yo no conocia, pero á quien esta obra coloca seguramente entre los colosos del arte;—y la famosa *Cena en casa de Levi* de Pablo el Veronés, grandiosa pintura en ese género propio de los grandes tapices, que pudiera denominarse *mural*; género que necesita para cada cuadro todo un pueblo y que prefiere los fondos de arquitectura á los de paisaje.

Las firmas que mas abundan en los setecientos cuadros restantes son las de Ticiano, Pablo el Veronés, Tintoretto, Bellin, los dos Palmas, Caravaggio, Bassano, Van-Ostade, Pordenone y Victor Carpaccio, siendo innumerables las buenas pinturas que se admiran allí, suscritas por nombres desconocidos en toda Europa.

Tambien se ven en la Academia muchos dibujos originales de Leonardo de Vinci, Miguel Angel y Rafael, entre los que se encuentra el bosquejo de casi todas sus grandes obras.—Imaginaos el placer y el entusiasmo con que se contemplarán aquellos primeros gérmenes de tantas maravillas de arte.

No produce la misma emocion, sino otra muy dolorosa, por no decir repugnante, el ver bajo un fanal la mano derecha de *Canova*, negada á la madre tierra por el cruel sentimentalismo de un sacrilego entusiasmo.—Siempre se ha dicho que de lo sublime á lo ridiculo no hay mas que un paso.—Menos distancia media entre la ternura y la ferocidad.

Con que acabemos, y resolvámonos á abandonar á Venecia.

Para ello dejaré de contaros mi visita á la Galeria *Manfrini*, donde ví dos magníficos retratos de Ticiano, uno de su madre y otro de su amigo Ariosto.

Tambien pasaré por alto la descripcion del Arsenal, uno de los primeros del mundo. En el se ven á un tiempo las armas y las banderas conquistadas por la estinguida República, y el inmenso poder material con que el Austria pesa hoy sobre Venecia. ¡Penosísimo contraste!—Allí he contemplado tambien un diminuto fac-simile del *Bucentauro*; del simbolico bagel de la ilustre señoría.—Los venecianos quemaron el original cuando los franceses los *libertaron* del gobierno tiránico de los Dux!...—Aquel temerario auto de fé puede considerarse como el suicidio de Venecia.—El tratado de Campo-Formio vengó al infortunado Luis Marini.—Pero en una y otra ocasion, la espada del extranjero atravesó el pecho de la patria.—¡*Povera Venezia!*

Una palabra no mas acerca del famoso *Mapa-mundi* de Fra-Mauro, que se conserva en el palacio ducal.

Este mapa lleva una fecha anterior al descubrimiento del Cabo de Buena-Esperanza (1460), y sin embargo, da una idea muy aproximada de todo el litoral de Africa, completamente desconocido á los navegantes de aquel tiempo, y hasta parece adivinar la existencia del continente americano.—Aquel Mapa-mundi es un verdadero prodigio.—Yo recuerdo haber leído, creo que en César

Cantú, que el célebre Tocanelli mostró este mapa á su jóven discípulo Cristóbal Colon, asegurándole que así comprendia él la forma de la tierra.

Mis paseos bajo los árboles del *Jardin público*, donde he visto jugar á los futuros ciudadanos de Venecia, acaso destinados á ser libres, presos hoy bajo la vigilancia de niñeras y criados; mi expedicion á la *isla de San Cristóbal*, solo habitada por cadáveres, pues ella constituye el cementerio de la ciudad; el dia inolvidable que pasé con H. de V. y con sir Arturo en la *Isla de Murano*, donde están las famosas fábricas de espejos y otras obras de cristaleria en que Venecia no tiene rival hace muchos siglos; nuestras correrías por la *Riva d' Schiavoni*, acompañados del fantasma de lord Byron; nuestras cenas en la isla de la *Giudecca* (Juderia); nuestras escursiones en góndola alrededor de Venecia; nuestras horas de acecho para ver á las elegantes venecianas salir de sus góndolas y entrar en misa; las canciones de *Gaetano*, el hijo de mi gondolero, á media noche, en mitad del *Canal Grande*...; la salida del sol por el mar, que nos dejaba entrever un momento las lejanas costas de la Istria; las tardes en que le veíamos ponerse hácia los Estados Romanos, y decíamos: «todavía le verán en España durante hora y media...» todas estas cosas pudieran ser objeto de otros tantos capitulos acerca de la vida veneciana; pero yo me contento con mencionarlas aquí, como en un índice, á fin de que mañana sirvan de Norte á mis plácidos recuerdos.

A todo esto no os he dicho nada de los teatros de Venecia.—Verdaderamente, poco tengo que decir.

El teatro de la *Fenice*, que es el principal, donde se han estrenado tantas óperas magistrales, y uno de los primeros coliseos del mundo, segun la opinion de los que lo conocen, se halla cerrado hace tiempo por órden del gobierno austriaco, á consecuencia de las *manifestaciones* ó tumultos que allí han tenido lugar.

Veá de qué modo.

Todos los grandes músicos de Italia han sido y son republicanos; lo mismo Bellini que Donizetti; así Verdi como Rossini: por consiguiente, los argumentos que han elegido para casi todas sus óperas respiran libertad é independencia.—Ahora bien, los druidas de *Norma* clamando contra la dominacion romana; los suizos alzándose contra el Austria en *Guillermo Tell*; los Puritanos, gritando libertad y patria; los *Mártires*, caminando gozosos al suplicio con tal de no renegar; el pueblo hebreo gimiendo bajo los Faraones en el *Moisés*; Babilonia escandalizada por *Nabuco*; los amigos de *Beatrice di Tenda* pugnando contra la tiranía de Visconti, y tantos otros casos análogos como abundan en las obras de aquellos maestros, eran estrepitosamente aplaudidos por el público veneciano, que aprovechaba la ocasion para cantar desde palcos y butacas, y á coro con los artistas, mágicas frases de ardiente patriotismo, que los gobernadores austriacos no podian sufrir con paciencia, tanto mas cuanto que en todas esas óperas *lo straniero* acababa siempre por ser degollado.

El teatro de la *Fenice* fue, pues, cerrado indefinidamente.



El de *San Benedetto*, en que se acostumbra á representar comedias italianas, no se abrirá este año hasta fin de diciembre.

Me he contentado, pues, con asistir una noche al teatro *Apollo* y otra al teatro *Malibran*.

En el teatro *Apollo*, grande y pobre, incómodo y baratísimo, se representaba la tragedia de Alfieri: *Orestes*.

Entre la orquesta y las butacas habia dos centinelas anstriacos, con la bayoneta calada, encargados de mantener el órden.

La compañía era detestable, y sin embargo, representaba con un furor y un énfasis, con una suficiencia y un aplomo, que me hicieron pasar una noche muy divertida.

La concurrencia, que pasaria de mil personas, y por cierto de mediana condicion, aplaudia á rabiar los gritos desaforados de aquellos histriones.

Los italianos aplauden fácilmente.

En el teatro *Malibran*, mas pobre todavía, mas grande y mas barato (un palco entresuelo y tres entradas nos costaron 10 reales), vimos un *vaudeville* melo-dramático; ó por mejor decir, no lo vimos; pues el aburrimiento nos hizo desertar á los pocos minutos.

Yo estoy ya resignado á no ver en los teatros de Italia nada digno de atencion, hasta la pascua de Navidad, en que, como os he dicho, principia el *Car-navalone*.

Tal es el pálido resumen de mis impresiones en la ciudad mas bella del universo.—Mucho dudo haber conseguido que mis lectores se imaginen vagamente los cuadros que he descrito, ni que se figuren los que apenas he bosquejado.—Sin embargo, habrán comprendido por el afán con que me he empeñado en explicarles á Venecia punto por punto, que la llamada con justicia *reina del Adriático* es una maravilla de arte; que su hermosura ha escedido los ensueños de mi imaginacion, y que su poética memoria me acompañará toda la vida.

Yo le doy un adios tanto mas melancólico, cuanto que adivino que no volveré á verla; yo hago votos al cielo porque pronto sacuda los hierros de la esclavitud, y yo preveo que ese día llegará tarde ó temprano.

La dominacion de una raza sobre otra será siempre pasajera. Solo los pueblos hermanos pueden conquistarse y fundirse. El alemán será eternamente extranjero al Mediodia de los Alpes. En cuarenta y cinco años de dominacion, el Austria ha ensayado todos los medios de asimilarse el Veneciado, de captarse la voluntad de sus hijos, de echar raíces en su suelo. Y el halago, la adulacion, el beneficio, el ruego, la amenaza, el castigo, el terror, la muerte... todo ha sido inútil. Los tudescos son hoy en Venecia lo que eran el primer día. La sangre repele á la sangre. La tierra se niega á fecundar la semilla de abominacion. Todo lo que el Austria implanta en Venecia, caduca y muere falto de jugo, falto de aire, falto de sol amigo.—Son el agua y el aceite: podrán estar cercanos el uno al otro; pero nunca confundidos, nunca identificados.

Y esto se ve en otras muchas partes. Esto se ve en Polonia: esto se ve en

Turquía.—Polonia, despedazada por tres grandes potencias, de las que cada una se atribuyó y devoró su parte; borrada del mapa de Europa; muerta y sepultada al decir de los políticos, da muestras hoy de estar viva, entera, animada, poseida de su derecho, como antes de sucumbir.—Las gentes que moran entre la Grecia y el Danubio, avasalladas hace cuatrocientos años por una raza asiática, mueven sus hombros al cabo de los siglos, y el poder otomano se hunde, y el imperio cristiano de Oriente resucita.—*Los turcos*, se dijo hace mucho tiempo, *no están mas que acampados en Europa*.

Tal será siempre el porvenir de toda dominacion exótica: tal será el porvenir de Venecia.—Los hombres suelen atentar á la obra de Dios, torciendo el curso de los rios y fundando ciudades en el álveo seco de la antigua corriente; pero llega un día en que el agua rompe los diques y reparos, y busca su antiguo lecho, en el cual deja sepultados á los impíos.

Sin embargo (ved si los poetas somos crueles,) yo me alegro (en cuanto poeta, se entiende) de haber visitado á Venecia en su época de tribulacion. De no haberla visto cuando era poderosa República independiente, señora de estensos mares y apartadas tierras, con sus Dux y su Senado, con sus navegantes y sus guerreros, con sus fiestas tradicionales, con sus terrores y sus alegrías, de ningun modo la hubiera encontrado mas interesante que con sus tocas de duelo, llorando en las ruinas de su pasado de gloria, misteriosa y callada, solitaria y digna, sin que el estruendo de nuestra prosáica civilizacion turbe el magestuoso sueño de sus patricios; sin que los gritos de la Bolsa espanten á las palomas, hijas adoptivas de la ciudad; sin que los modernos Midas, enriquecidos en el agio, se posesionen ufanos de los palacios de los Dux; sin que cruce sus lagunas la góndola del hombre de negocios... capaz de establecer una sociedad para cegar los canales y sustituirlos con calles á la parisien.

Yo me imagino á Venecia libre y convertida en provincia del reino de Italia. Yo, repito, le pido á Dios que esto suceda pronto. Pero entonces, adios, poesia!—La milicia nacional recorrerá las calles cantando himnos como en Milan; un prefecto cualquiera profanará el pavoroso misterio del palacio de los Dux; la seguridad personal acabará con el dramático miedo de las noches venecianas; la libertad le perderá el respeto á todo; la riqueza comprará á peso de oro la historia; el trabajo estirpará la melancolía; el movimiento industrial traerá gentes de otras comarcas de Italia, y desaparecen los tipos, los trajes y el dialecto de Venecia... ¡Esto será horrible para los poetas y los artistas!

En resumen de mi teoria abominable: á Venecia le sientan muy bien las cadenas.

No diria mas un realista español del tiempo de Fernando VII.